

PINOCHO

AÑO. III
NUM. 133.

25 cts

4. SETIEMBRE
1927



- LOS HUEVOS FRESCOS ACLARAN LA VOZ.
- ¿Y COMO SABES ESO MORRONGUIS?
- ¿PERO ¡U NO HAS OIDO A LAS GALLINAS
QUE EN CUANTO PONEN UN HUEVO EM-
PIEZAN A CANTAR ?

EN LOS ABISMOS CIENTO POR CIENTO SARGARÓ

(Continuación.)

Juan, que no había navegado mas que por encima del agua, no había podido reprimir, al oír aquellas palabras, un cierto malestar.

—Oiga —dijo—, yo soy un pobre pescador que no he trabado nunca conocimiento con esta clase de barcos.

—¿De qué tiene miedo?

—¿Por qué no volvemos a la superficie?

—Amigo mío —le contestó el comandante—, hoy día los barcos submarinos se gobiernan lo mismo que

aquellos que navegan sobre el agua, y los hombres que los tripulan no corren peligro alguno. ¿Quiere usted sumergirse? Pues abre usted los depósitos que se encuentran en la quilla, y cuando están llenos de agua el submarino se sumerge sin necesidad de maniobras difíciles. ¿Quiere subir a la superficie? La electricidad pone en acción las bombas, saca el agua de los depósitos y el barco, aligerado del peso que lo tenía sumergido, vuelve a la superficie con un rápido movimiento.

—¿Y no llega a faltar el aire?

—Tenemos aire para seis horas sin recurrir a los cilindros donde se encuentra una cierta cantidad almacenada a presión. Cuando empieza a hacerse irrespirable el contenido en el barco, se abre el depósito de reserva, que puede suministrar aire durante otras cuatro horas. He ahí, pues, evitado el peligro de que los tripulantes de los submarinos puedan morir asfixiados. ¿Quiere saber algo más?

—¿Cómo se las arreglan ustedes, estando sumergidos, para ver los barcos enemigos?

—Poseemos un aparato de refracción, constituido por una serie de prismas que reflejan buena parte del horizonte. Si se presenta un barco, se proyecta en seguida en el espejo que ve usted delante de nosotros, y en seguida sabemos si se trata de un barco amigo o enemigo. Tranquilícese usted; encontraremos al monstruo y lanzaremos contra él un torpedo que le hará saltar en mil pedazos. ¡Atención! El *Holland* empieza a sumergirse.

El submarino había llenado sus depósitos y empeza-

ba a bajar para explorar los abismos del Atlántico, donde esperaba encontrar al monstruo marino para deshacerlo.

Las aberturas habían sido cerradas y las hélices laterales que debían facilitar el descenso para vencer mejor la resistencia del agua, inventadas por el constructor del submarino, habíanse puesto en movimiento, imprimiendo al buzo de acero ligeras vibraciones.

La luz empezaba a ser menos intensa en la jaula de cristal donde se hallaban el comandante y el pescador.

De pronto el *Holland* encontróse sumergido en una viva fosforescencia.

Las lámparas eléctricas habían sido encendidas y proyectaban en torno haces de luz que las aguas refractaban maravillosamente.

El pescador, que apoyaba el rostro en los gruesos cristales, veía huir de todas partes un inmenso número de peces de todas clases, que bastarían para enriquecer a todos los habitantes de Richon.

Había soberbias doradas, de longitud y tamaño nunca visto; congrios enormes, de un metro de largo, que se retorcían como serpientes; merluzas de piel plateada; lenguados gigantes de dientes magníficos.

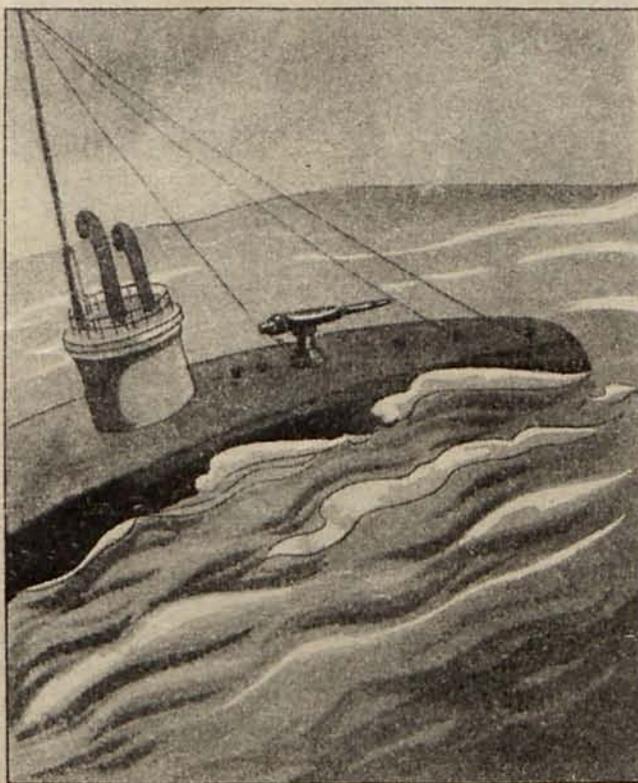
En medio de aquellas bandadas desordenadas veíanse huir numerosos peces llamados torpedos, que

tienen la propiedad de matar a sus enemigos a distancia por tener en su organismo una batería eléctrica, y no pocos tiburones mostrando sus enormes bocas provistas de formidables hileras de dientes.

Pero estos últimos no huían, antes al contrario, llegaban a rozar con su hocico los cristales de la jaula, chocando hasta con violencia, creyendo poder apoderarse de los dos hombres que debían ver en medio de la intensa luz producida por las lámparas eléctricas.

Entretanto el *Holland* seguía descendiendo. Como era muy sólido, podía soportar presiones extraordinarias y llegar a una profundidad de quinientos metros.

Las doradas, los merluzas, los torpedos, los congrios y hasta los tiburones habían desaparecido, por mantenerse casi siempre dichos peces en la superficie del mar. Percibíanse otros seres que el pescador no había





visto jamás: moluscos extraños, provistas de picos iguales a los del pagayo, transparentes, como si sus carnes estuviesen formadas por una

materia gelatinosa; diversas serpientes marinas, largas y delgadas, de enormes cabezas y bocas armadas de dientes; enormes erizos que se mantenían suspendidos en el aire, y una inmensa cantidad de medusas parecidas a sombrillas abiertas, transparentes cual si fuesen de nácar, reflejando vagamente todos los matices del arco iris, y calamares grandísimos agitando furiosamente sus tentáculos y mostrando sus grandes ojos negríos.

—He ahí la vida submarina —dijo el comandante al pescador, que miraba, cada vez con mayor asombro, a los habitantes de los abismos submarinos—. El fondo no debe estar lejano. Ahí están las primeras algas.

Lazadas enormes, de un color oscuro, agitábanse por la impulsión que el barco imprimía a las capas del agua, retorciéndose cual si estuviesen dotadas de una vitalidad igual a la de los reptiles.

En medio de aquellas plantas veíanse surgir antenas de viejos barcos hundidos, de las que colgaban todavía las cuerdas y fragmentos de velas, y las altas chimeneas de un barco grande que hacía unos cuantos años se había ido a pique en aquellos parajes.

El *Holland* descendía lentamente, con precaución, por no enredar las hélices en las algas y para no chocar contra alguna roca.

Todos los peces habían desaparecido, incluso los calamares. Aparecían, en cambio, en las superficies de las rocas submarinas, otras colosales con las conchas abiertas; enormes moluscos, girando sobre un eje, y otras diversas y curiosísimas con el cuerpo dividido en dos conchas que de vez en cuando cerrábanse para ocultar los tentáculos; *olutarias*, que se arrastraban sobre un ancho pie, y masas de esponjas.

El fondo estaba todo lleno de restos de naufragios. Había barcas pescadoras vueltas hacia abajo mostrando sus flancos hundidos; barcos de vela antiquísimos, perdidos durante las batallas que tuvieron lugar un siglo antes entre franceses e ingleses; cañones, anclas y cajas esparcidas entre las algas y cubiertas, en parte, por los crustáceos de todos los tamaños y formas.

El capitán Smitson y el pescador estaban mirando

atentamente todos aquellos tristes restos, cuando oyeron tocar la campana de alarma.

—Pasa algo nuevo —dijo el comandante volviéndose a Juan Baret—. ¿Habrán descubierto al monstruo los hombres de proa?

En aquel momento el segundo comandante entró en la jaula.

—Capitán —dijo—, la hélice de la derecha no funciona y el *Holland* se ha inclinado.

—¿Se habrá estropeado?

—No hemos chocado con ningún obstáculo.

Apenas había pronunciado estas palabras cuando el submarino recibió una sacudida tan fuerte, que por poco los tres hombres cayeron, viendo elevarse en torno una nube de fango que envolvió todas las algas, ocultándolas a sus miradas!

Al mismo tiempo oyóse a cuatro tripulantes gritar con voz aterrada:

—¡El monstruo! ¡El monstruo!

El capitán Smitson había-se acercado a los cristales de la jaula; pero el fango se había hecha tan denso que impedía ver cosa alguna. El submarino, no obstante aquella sacudida, había recobrado su posición y oíase la hélice, que poco antes había sido detenida por una causa, aún desconocida, girar libremente.

Smitson mandó llamar al timonel, que estaba junto a los cristales de la proa.

El pobre hombre estaba dominado por un verdadero terror, a pesar de ser uno de los marineros más valientes de la flota inglesa y nada fácil de asustar.

—¿Has visto al monstruo? —le preguntó el comandante.

—Como le veo a usted, mi comandante —contestó el marinero con voz temblorosa.

—¿Qué era?

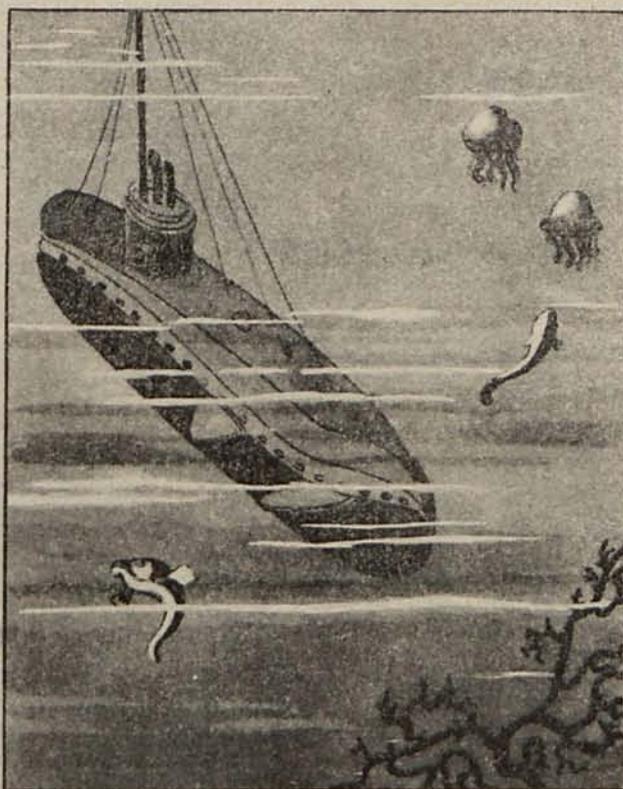
—Un calamar de tamaño enorme, con unos brazos lo menos de doce metros. ¡Qué animal más horrible, mi comandante! ¡Me ha mirado con dos ojos que parecía tenían que hechizarme!

—¿De dónde salió?

—Del fondo; de junto a los restos del vapor hundido. Uno de sus ocho brazos se agarró a nuestra hélice de la derecha, parándola.

—¿Has visto hacia dónde ha huido?

—Se ha escondido entre las algas, delante de nosotros.



(Continuará en el número próximo.)

LAURA
LA
COTORRA
INDISCRETA

¿TE GUSTA EL PAR DE GEMELOS QUETE HE COMPRADO?

¡SÍ, SÍ! ¡VAYA UNA PAREJA!



¡SÍ, SÍ! ¡VAYA UNA PAREJA!



PACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO

¡SUSPENDEREMOS POR ESTA NOCHE LA LECCIÓN DE BOMBO, NO SEA QUE MOLESTE A LOS VECINOS!

¡QUE A GUSTO SE DEBE DE DORMIR EN ESA CAMA!

¡VOY A VER SI LE OBLIGO A LEVANTARSE!

¡MOLESTAREMOS A LA VECINDAD!

¡MIAU! ¡MIAU!!
¡REMIAMIAU!

¡MIAU! ¡MIAU!
¡VAYA CONCIERTO QUE ESTÁ DANDO EL GATITO!

¡ZAPE!

BOOM BOOM BOOM

¡OLÉ!

¡VA NO SUFRO MÁS A ESTETIO PELMA DEL BOMBO!

© 1927 by King Features Syndicate, Inc.
Cada semana según convenido

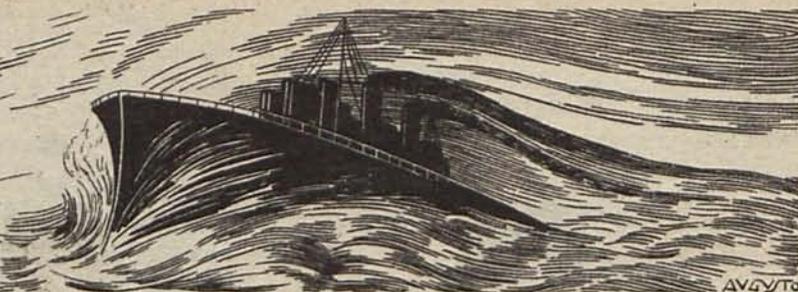
5-24 10

DAVE SULLIVAN

EL CRUCERO

SIN NOMBRE

POR A. M. GIANELLA



(Conclusión.)

Una hora después, Flaxman estaba preso y confesaba todo, mientras Mop, que estaba de vigia, se decía, frotándose las manos:

—¡Cuerpo de mil javaneses asados!... El último robo que has hecho, amigo Mop, es digno de ti.

Lástima que no seas tú el que retuerza el cuello al ilustrísimo canalla de Flaxman; pero no importa... dice el refrán que no hay que abusar de la suerte.

Ea, vamos en busca de nuestros amigos... ¡Ay, qué bien se está dentro de la piel de un hombre honrado!

CONCLUSION

Flaxman, convicto y confeso de numerosos delitos, fué condenado a muerte; pero esta pena le fué conmutada por la de presidio.

La inocencia de Alberto Wendover fué, por tanto, proclamada en los resultandos del proceso; mas, por desgracia, esto no le podía salvar del delito cometido apoderándose del *General Belgrano* y rebelándose, con abierta hostilidad, contra el Gobierno inglés.

Era un hijo de la pobre Irlanda, había sufrido y combatido por un ideal absurdo, pero generoso, dado el noble patriotismo que lo informaba; era un feniano, es decir, un rebelde a las leyes británicas, un pirata, un traidor, y si su culpa podía tener excusa moralmente, en el corazón, no podía esperar que la olvidasen los jueces de la vieja Inglaterra.

Por eso se instruyó contra él un rápido proceso, que terminó con una sentencia inapelable y terrible: ¡la muerte!

Afortunadamente, nos place decirlo, nuestro afortunado héroe no dió lugar a que la sentencia se cumpliera, poniéndose en salvo sin dejar rastro de sí.

¿Se habría escondido en alguna isla desconocida o en el caos bullicioso de una ciudad americana?

Misterio.

Un día, el capitán Davy, su hija y el valiente Patrick, llegado a capitán y esposo feliz de *miss Ellen*, encontraron a Mop, que se disponía a embarcar en un trasatlántico que partía para la India desde el puerto de Glasgow, y le pidieron noticias de Alberto Wendover y de *miss Polly Lobster*, desaparecida también misteriosamente.

Mop sonrió con malicia y se encogió de hombros, como diciendo:

—¿Quién sabe qué será de ellos?

Viendo, sin embargo, el disgusto pintado en el semblante de aquella buena gente, acercóse a ellos, diciéndoles en voz baja y apresuradamente:

—Estad tranquilos: *mister Alberto* y *miss Polly* son felices; unidos para siempre por la bendición de Dios y por la ley, viven en un país muy lejano... y es posible que algún día oigáis hablar de ellos.

—¿Y el presidente de los fenianos?

—Ha desaparecido, a fin de no caer en manos de la policía inglesa.

—¿Y vos, Mop?

—¿Yo?... Soy el siervo fiel de Alberto Wendover. Y, a propósito de fidelidad, ¿podriais darme noticias de aquel picaro de Black?

—Black reposa sobre sus laureles.

—Noble animal, bien lo ha merecido. Adiós, señores; voy a reunirme con el comandante del *Crucero sin nombre*.

Y Mop, haciendo una reverencia, desapareció en el interior del barco, que, a los pocos minutos, separóse del muelle y emprendió la marcha.

El capitán Davy y sus dos hijos, pues que tales eran los jóvenes esposos, le siguieron con la vista durante algunos momentos; luego siguieron su camino en silencio.

Su pensamiento volvía por un momento al pasado, acordándose de aquel hombre joven, hermoso y fuerte que tanto había sufrido, y que, propablemente, había llegado a ser feliz.

FIN DE «EL CRUCERO SIN NOMBRE»

En nuestro próximo número empezaremos la publicación de la interesantísima novela de aventuras, por A. M. Giannella, titulada

EL TORPEDERO DE PRESA



¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—¿Qué calor hace, ¿verdad, Chonón?
 —Insoportable, querido buho. Ya podían apagar el Sol un poquito, ¿no te parece?
 —Hombre, si lo apagarán un poquito, aunque sólo fuera un poquito, nos helaríamos de frío en el invierno.
 —Pues entonces mejor sería que lo apagasen en el verano y lo encendiesen en el invierno. ¿Qué tal?
 —No me parece mal. Sin embargo, he de decirte que la luz y el calor del Sol son la vida y la energía de la Tierra. Sin ellos no podríamos vivir. Ya ves que aunque se sienta esta molestia del verano, no tenemos motivos más que para pedir la larga existencia del Sol.
 —Será muy grande, ¿verdad?
 —Para que puedas formarte una idea, te haré una comparación con el tamaño de la Tierra. Si ésta pudiéramos atravesar de parte a parte y por el centro, como si fuera una naranja, necesitaríamos una aguja que tuviese 13.000 kilómetros de largo.
 —¡Vaya aguja!
 —Pues bien, para atravesar el Sol tendría que tener la aguja una longitud de 1.430.000 kilómetros de largo.
 —Entonces, para hacer un viaje alrededor del Sol hará falta muchísimo tiempo.
 —Si hicieras ese viaje en un tren que marchase a cien kilómetros por hora, necesitarías unos cinco años para efectuarlo.
 —Y eso sin parar en ninguna estación.
 —Desde luego. Pero es más asombrosa todavía la temperatura del Sol. No hay en la Tierra ninguna temperatura que pueda compararse con la del Sol. Ni aun la que se llega a obtener con el llamado horno eléctrico, que alcanza a 6.000 grados, puede compararse con la del Sol.
 —¿Son mucho 6.000 grados de temperatura?
 —Imagínate que cuando el termómetro marca 38 ó 40 grados a la sombra nos parece un calor insoportable.
 —¿Qué le pasaría a la Tierra si llegase a alcanzar la temperatura del Sol?
 —Que se convertiría toda ella en gases. El agua, los metales, las rocas, todo, en fin, pasaría al estado gaseoso y se convertiría en un globo incandescente que estaría brillando hasta que se consumiese toda su materia.
 —Oye, querido buho, ¿está muy lejos el Sol?
 —Parece que me lo preguntas con inquietud. ¿Temes que se acerque demasiado y nos achicharre?
 —Tú lo has dicho.
 —No temas nada, Chonón. El Sol se halla a una distancia media de nosotros de 153.000.000 de kilómetros.
 —¿Cómo es que me dices distancia media? ¿Es que no está a la misma distancia siempre?

—Como la Tierra gira alrededor del Sol y recorre un camino llamado órbita, que no es circular del todo, sino elíptico, resulta que unas veces está más cerca del Sol y otras más lejos.
 —Ya comprendo. Y en el verano será cuando esté más cerca y por eso nos asamos de calor.
 —Al revés; cuando está más cerca es en el invierno.
 —Pues no lo comprendo. ¿No hace más calor en el verano?
 —Sí; pero es debido a que los rayos del Sol caen más perpendiculares a la Tierra, y aun estando el Sol más lejos, nos hieren más directamente.
 —Oye, y si le diese la ocurrencia de irse más lejos, ¿qué pasaría?
 —Sería tan catastrófica su aproximación como su alejamiento. Si el Sol se alejase hasta que lo viésemos del tamaño de una estrella, ocurriría que la Tierra se sumiría en una eterna noche. El frío haría imposible la vida de los seres y las plantas, y cesando la fuerza de atracción solar, se precipitaría la Tierra por el espacio como un inmenso bólide, hasta estrellarse contra otro astro cuya fuerza de atracción fuese superior a la de la Tierra.
 —Entonces mejor será que el Sol se esté quietecito donde está.
 —Te advierto que quieto, quieto, no se está. Tiene, además del movimiento de rotación sobre su eje, otro de balanceo.
 —¿Y cómo es posible saber que gira si sólo aparece a nuestra vista como una bola brillante?
 —Porque en la superficie del Sol se aprecian unas manchas que cada veinticinco días se las ve cruzar de un lado a otro para ocultarse y volver a aparecer por el lado opuesto. Esto demuestra que el Sol gira.
 —Es evidente. ¿Y son muy grandes esas manchas?
 —Bastante. En algunas de ellas cabrían dos mundos como el nuestro.
 —Pues se verán a simple vista.
 —Con el auxilio de un cristal ahumado se ven perfectamente. Estas manchas, amigo Chonón, producen perturbaciones magnéticas en la Tierra, hasta el punto de que cuando aparecen en mayor cantidad y tamaño producen desviaciones en la aguja imanada.
 —No sé qué es eso de la aguja imanada.
 —¿No has visto nunca una brújula?
 —Sí; en los barcos. Es una aguja que señala siempre al Norte.
 —Pues esa es la aguja imanada y esa es la aguja en la que ejerce influencia las manchas del Sol.
 —Es asombroso. Me imagino el Sol como si fuera una hoguera inmensa.
 —Y así es, en efecto. En los eclipses se ha podido observar que está rodeado de enormes llamas, alguna de las cuales ha llegado a alcanzar la altura de 550.000 kilómetros.
 —Me dejas asombrado, amigo buho. ¡Qué grande, qué inmensa es la obra de la creación!

Cuarto Gran Sorteo de Regalos para todos los Pinochistas

Pueden tomar parte en este sorteo no sólo los suscritores, sino **todos los lectores de PINOCHO**. Los premios, como siempre magníficos, serán los siguientes:

- 1.º Un auto Citroen igual que los anteriormente sorteados.
- 2.º Una estupenda bicicleta.
- 3.º Doscientas pesetas en dinero.
- 4.º Un baúl (trousseau) de muñeca.
- 5.º Cien pesetas en dinero.

Para tomar parte en este sorteo habrá que reunir todos los cupones que publicaremos correlativamente hasta el último número de Setiembre de 1927. En dicho número se publicará una plantilla, en la cual habrán de pegarse todos los cupones publicados y remitirnoslos en la forma que entonces explicaremos. Por cada cupón que falte habrá que pagar un real, de modo que tened buen cuidado y guardadlos bien para que no falte ninguno al final.

Cada Pinochista tendrá que escoger su número, y los cinco Pinochistas que escojan números más aproximados a los cinco primeros de la Lotería de Navidad, serán los que obtengan los cinco premios de nuestro **CUARTO GRAN SORTEO DE REGALOS**. Los demás detalles serán publicados oportunamente.

PINOCHO

SORTEO DE REGALOS
DE NAVIDAD DE 1927

CUPÓN N.º 13



DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO





POTIRÁN Y CAÑAMÓN



CUENTOS DE CALLEJA

EL PASTOR DE LIEBRES

Casillo

(Conclusión)



El Rey, entonces, dijo:

—Has ganado la primera empresa. Veamos la segunda. Es así: Tengo en un granero cien fanegas de guisantes y otras cien de lentejas. He mandado que las mezclen bien unas con otras. Para ganar la segunda empresa tienes que separar todos los guisantes de todas las lentejas en una sola noche y sin luz.

—Difícil es, señor; pero la Princesa es muy bella, y lo intentaré —contestó el pastorcillo.

Llevaronle al granero y le dejaron en él, cerrando por fuera su pesada puerta con seis cerrojos dobles.

Los guisantes y las lentejas formaban un inmenso montón, que se veía a la débil claridad del crepúsculo. Pero también la ventana fué cerrada por fuera, y el pastorcillo quedó a oscuras enteramente.

Sacó entonces su flauta prodigiosa y comenzó a tocar.

Apenas había sonado la primera nota cuando empezaron a salir del granero por debajo de la puerta millones de hormigas, que con sus patitas comenzaron a coger unas los guisantes y otras las lentejas, haciendo dos montones separados. Duró el laborioso trabajo; pero al claror de la aurora la obra estaba terminada. Entraron en el granero los seis cerrojos dobles; entraron el Rey y la Princesa con sus séquitos. Y todos

quedaron asombrados al ver que el pastorcillo había logrado dar cima a la segunda empresa.

—Has triunfado también esta vez —dijo el Rey— Si triunfas la tercera, mi hija será tu esposa.

Y para sus adentros se decía:

—Lo que es esta vez estoy seguro de que no triunfas.

Y en voz alta añadió:

—El gran salón del trono está lleno de panes. Si en esta sola noche te los comes todos sin que quede una sola migaja, habrás vencido por completo.

Y a la anochecida, el pastorcillo fué encerrado en el salón del trono. ¡Qué cantidad de panes! Había para alimentar un mes a un pueblo entero de muchos vecinos.

El pastorcillo no se asustó.

Se sentó muy tranquilo, y en cuanto se quedó solo sacó su flauta.

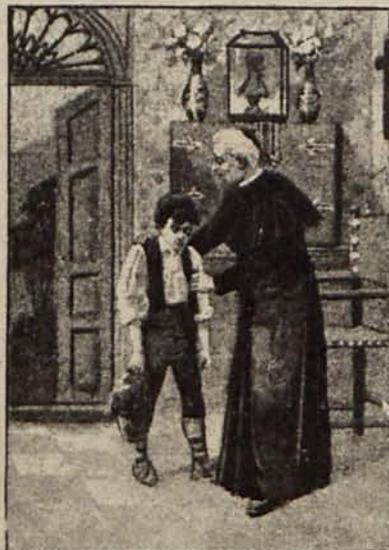
Apenas había comenzado a tocar, cuando de todos los rincones empezaron a salir infinidad de ratoncillos blancos.

Los cuales se lanzaron sobre los panes, y en poco tiempo se los comieron todos, sin dejar una sola migaja.

Al amanecer, el pastorcillo comenzó a golpear en la puerta, gritando.

—¡Abrid, abrid! ¡Y traedme un poco de pan, que tengo hambre!

Asombrados acudieron todos, y mucho más asom-





brados comprobaron que de aquellas montañas de pan que había en el salón no quedaba una sola migaja.

El Rey estaba furioso al ver que el pastorcillo se había salido con la suya y de que le tenía que dar a su hija por esposa.

Y empezó a meditar algún medio de no cumplir lo prometido.

El pastorcillo lo comprendió así, y se le ocurrió una idea para obligar al Rey a mantener su palabra.

—Señor —dijo—, he ganado; pero la Princesa es tan hermosa que aún quiero hacer más méritos para conseguir su mano.

Si lo permitis, desafiaré a todos los presentes a que digan mentiras más grandes que las que yo diré; y sólo si Vuestras Majestades declaran que mis mentiras son las mayores, mantendré mi pretensión de casarme con la Princesa.

El Rey y la Reina aceptaron contentísimos.

¡Ya lo creo!

Pues con sólo decir que una cualquiera de las mentiras que dijese los cortesanos era mayor que las dichas por el pastorcillo, ya estaban salvados.

La Princesa también lo comprendió así y se puso triste, pues el pastorcillo le había conquistado el corazón y ya no quería otro esposo que él.

—Comienza tus embustes —dijo el Rey.

—El primero es éste: Anteayer vi a Su Majestad la Reina con traje de labradora andando a gatas por el campo. Y en prueba de que es verdad puedo enseñar su real pañuelo, que tengo en el bolsillo.

—¡Qué mentira más enorme! —dijo la Reina, poniéndose toda colorada—. ¡Mayor que esa, imposible!

—¡Imposible, imposible! —dijeron los aduladores cortesanos.

—Pues aún diré otra mayor —continuó el pastorci-

llo.— Poco después, Su Majestad el Rey paseaba en un pollino, y a petición mía se apeó, y abrazando al burro le dió un hermoso beso en el hocico. Y en mi bolsillo está el anillo del Rey para mostrar la verdad de mi mentira.

—¡Basta! ¡No la hay, no la hay mayor! —dijo el Rey apresuradamente.

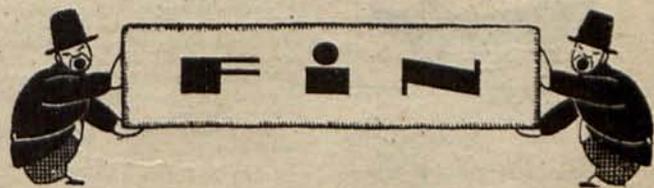
—¡Imposible, imposible que la haya mayor! —repitió el coro de los serviles cortesanos.

El Rey, comprendiendo que el pastorcillo había conocido a la supuesta aldeana y al fingido campesino que fueron a comprarle liebres, y sabiendo que las «mentiras» eran verdades, y bien gordas, y que tenía el pastor el pañuelo de la Reina, y el anillo del Rey para probarlo, no tuvo más remedio que decir:

—Venciste, venciste, venciste por tres veces y una más. Como sabio, proceder supiste, y esposo de mi hija serás.

Se celebraron, por fin, las bodas del apuesto y avisado pastorcillo con la hermosa hija del Rey.

Nunca tanto como aquel día brilló alegre el sol ni estuvo, como aquella noche, blanca la luna.



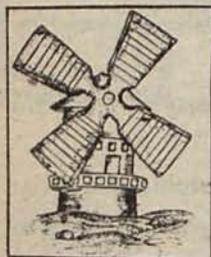
Cuarto Gran Sorteo de Regalos.
Conservad bien todos los cupones porque si quereis entrar en este Gran Sorteo tendreis que pagar un real por cada cupon que os falte.

COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE SEPTIEMBRE



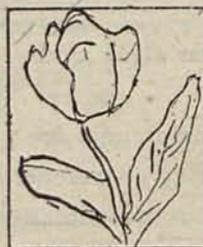
Todos los Pinochistas pueden colaborar en esta sección; pero es condición absolutamente indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden premios importantes a los mejores trabajos publicados.



Viejo molino de viento.
PETRA L. NAVARRO.



Choque de aeroplanos.
JORGE V. RADAELLI.



Tulipán.
EUGENIA PEREIRA.



Encarnación.
MERCEDES REY.



Pipiola.
FRANCISCO J. ARREGUI.



Pinocho, equilibrista.
RAFAEL ESTEBANEZ.

El Solitario.

Se cuentan de él mil leyendas y fantasías, y para aquellas pobres gentes viene a ser como un nuevo héroe de Scienkiewiz o un discípulo de Satanás.

Su mirada es fría y parece tener la misma fuerza que la de un fakir indio. Algunos dicen que al cruzarse con su mirada sintieron como un escalofrío y no hubo miembro en su cuerpo que no se sintiera acometido de un ligero temblor. Siempre está sentado en un peñasco que resiste el embate de las olas, las cuales le azotan cruelmente, cual el más impío verdugo, día y noche; pero él, arrogante como un Cid, continúa en su puesto, y el solo, con su frágil barquichuela, afronta la cólera de las olas.

El Solitario, como le llaman, es un hombre fuerte; su nariz es aguilena, y su rostro, ligeramente bronceado por las ráfagas del Cantábrico, le dan aspecto de un descendiente de Barba Roja. Le veréis sonriente cuando las olas, viniendo en desenfadada carrera, encuentran su peñasco, que les impone su autoridad, y ellas, heridas y rabiosas, arrojando espuma, pugnan por forzarle y tumbarle, y haciendo graciosas curvas vuelven a desaparecer en el horizonte viendo su inutilidad, y entonces deja ver una sonrisa en su rostro y se vuelve a quedar pensativo viendo las espirales que graciosamente forma el humo de su pipa.

La tormenta llega; el trueno retumba; los rayos se suceden con frecuencia, y el trueno, parecido a un jazz band infernal tocado por Belcebú, deja oír nuevamente sus infernales acordes; la muerte se cierne sobre los pescadores. Una barca, envuelta entre las olas, se perfiló débilmente, y un grito ronco se oyó: el de una madre al ver morir a su hijo.

Unos segundos después, el Solitario llegaba con el joven desvanecido en sus brazos; el pueblo pagó su heroísmo huyendo de él. Esto era mucho para él; así que, pidiendo clemencia al Señor, se arrojó al mar, desapareciendo en un negro y monstruoso abismo.

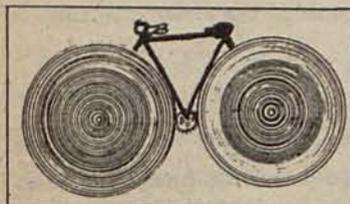
FRANCISCO PALANCO.
Catorce años. Madrid.



Don Turu.
ENRIQUE RODRIGUEZ.



Pirula.
JUAN GIRALT.



Una bicicleta en movimiento.
ALBERTO JEITE.

Te quiero.

Te quiero, Revista mía, porque sé que ocultas un alma generosa y buena; porque eres toda la alegría de mi corazón y sabes alegrarme en los ratos de ocio con tus páginas, tan bien formadas, que veo que cada día vas siendo la Revista más infantil y que sabes alegrar los corazoncitos de los pequeños lectores que te admiran.

Te adoro porque eres buena, que mirando hacia el azul del cielo te veo cruzar cual si fueras una avecita que cruza muy alto sobre las mequindades del mundo. Yo, Revista apreciable, te amo y trabajaré para ti, y quiero que desde hoy ocupes el primer lugar de todas las que existen. Que desde el primer día que apareció la Revista PINOCHO fué para mí la alegría de mi corazón, y ansiando ser su amiga, si me acepta, yo sabré mantener firme mi amistad a la Revista PINOCHO, la más hermosa de todas las que hay.

Dime, Revista adorable, ¿adónde estabas escondida que no salias a alegrar los corazones? Dime.

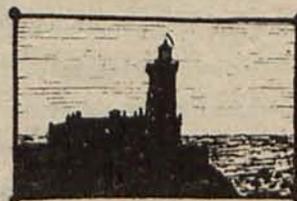
BLANCA ROMERO D.
Doce años. Ciudad Antofagasta.



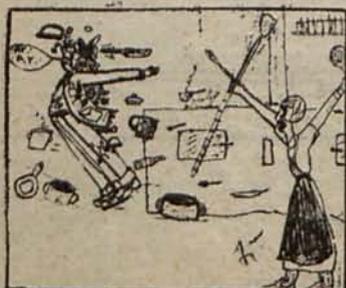
Morrunguis enfadado.
PILAR DE FONTCUBERTA.



En Africa.
RAFAEL MARTINEZ.



El cabo Espartel.
J. P. P.

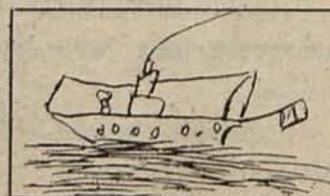


Disparando una batería.
MANUEL ALVAREZ DE SOTOMAYOR.



Personajes pinochistas.

JOSÉ M. PIÑAR.



Un barco.
PEPITO CALDERÓN.



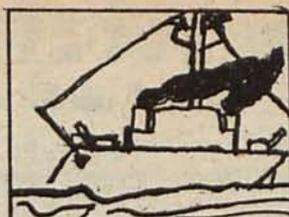
Mi prima Nicolasa.
JUAN GIKALT.



Mi hermano y su perro.
M.^a LUISA AEDAL.



Una catedral.
V. TACÓN.



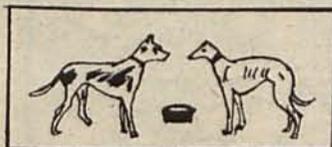
Un acorazado alemán.
LUIS MANUEL G.^a DE PAADIN.



Pirula.
VICTOR J. GIL.



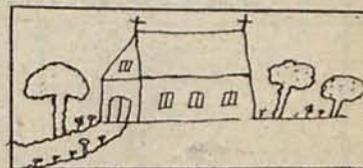
Una casa.
JUANITA ARRÁNZ.



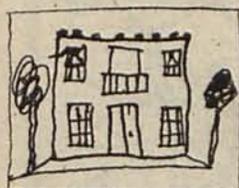
Un danés y un galgo.
M.^a LUISA A. DURÁN.



Mis mejores amigos.
FIFINA RODRÍGUEZ.



Una barraca valenciana.
J. ANTONIO OYANGUREN.



La casa de Pinocho.
RAMÓN PARAQUEMADA.



Don Turulato.
EMILIO DE ISASA.



Puerta del Sol en Toledo.
JOSEFINA BASCHWITZ.



Un garrochista.
E. I. HUERTAS.



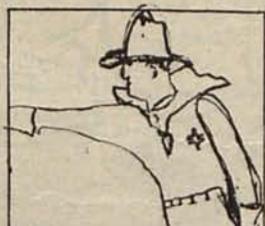
Don Turu.
J. CARRI ZOSA.



La iglesia de mi pueblo.
MANUEL MARTÍNEZ.



Cañamón.
M.^a AMELIA NEYRA.



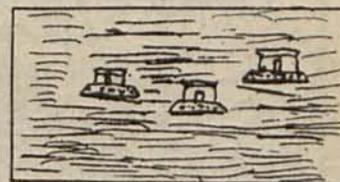
William Desmond.
L. L. S.



Un niño.
JOSÉ MASOLIVER.



Morronguis y Don Lucio.
FELIPE BUSTAMANTE.



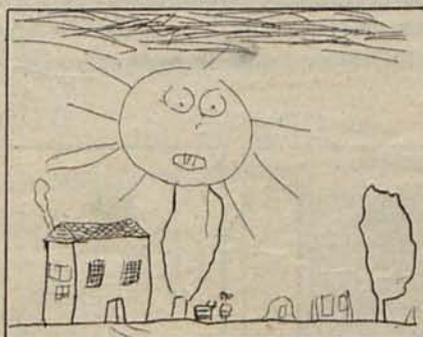
La escuadra de mi hermano.
F. CHAVARRI



Pincho, brujo.
ERNESTO SAN PEDRO.



—¿Cuál es el colmo de un carnicero?
—No caigo.
—Pues tener orejas de vaca.
M. M. A.



Mi casita de campo.
JUAN BRAVO.



Un conejito.
PETRA L. NAVARRO.



—Oiga, compadre, ¿ese que nos alumbra, es el sol o la luna?
—No puedo decirselo, porque soy forastero.
ANGEL GONZÁLEZ.

ESTÁ ESCRITO "ES DE HOMBRES LISTOS APROVECHAR LAS OPORTUNIDADES"

EN EL PRÓXIMO NÚMERO CONTINUARÁN LAS EMOCIONANTES AVENTURAS DE POLITO EN LA CIUDAD DE ORO

WIMNEY SMITH

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE SEPTIEMBRE

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

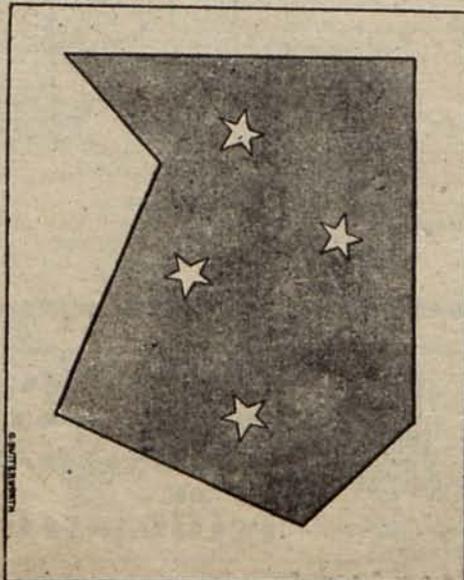
ROMPECABEZAS



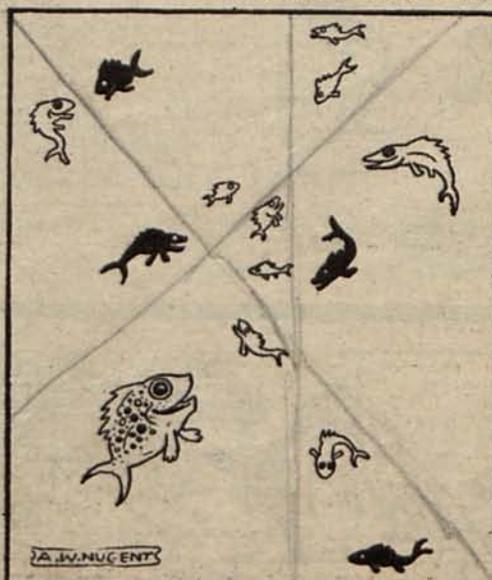
Don-oso Pérez, acompañado de su esposa, doña Ra-mona, y de sus sobrinos, Perdiguero y Zapaquilda, salieron una tarde de paseo, luciendo unos flamantes trajes recién venidos de Paris. Van elegantísimos; tanto, que les contemplan asombrados un gallo y un águila. ¿Dónde se hallan estos personajes?

CORTE COMPLICADO

He aquí una bandera de forma irregular. Hay que dar un corte, dividiendo la bandera en dos trozos de forma que al volverlos a unir sea la bandera perfectamente cuadrada y las estrellas estén bien colocadas, cada una en un lado.



PISCINA DIVIDIDA



Se trata en este trabajo de trazar tres líneas de forma que esta piscina quede dividida en siete departamentos, y dentro de cada departamento dos peces.

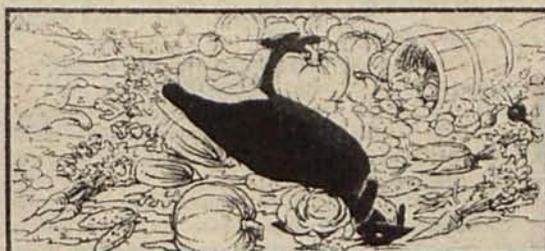
SOLUCIONES DE LOS PROBLEMAS Y PASATIEMPOS CORRESPONDIENTES AL MES DE FEBRERO

NÚMEROS 103, 104, 105 Y 106

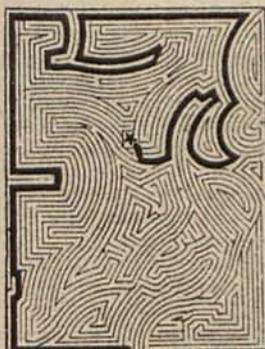
CAPERUCITA



EL PAVO GLOTÓN



LABERINTO



LA ARAÑA DIBUJANTE



¿DÓNDE ESTÁ LA TORTUGA?



SIGUIENDO UNA PISTA



Contestación a las preguntas que se hizo el detective Sherlock Holmes ante la fotografía que le presentó el joyero. ¿A qué hora fué efectuado el robo? A las tres menos cuarto, pues el reloj que está en el suelo marca la hora en que fué robado y se paró al caer. ¿Fué precipitada la fuga? Si, pues se dejaron algunos objetos abandonados. ¿En qué dirección huyeron? Hacia la izquierda, por ser la dirección en que están los objetos. ¿A qué hora fué hecha la fotografía? A las tres en punto, según marca el reloj del escaparate. ¿Huyeron en el automóvil? No, pues ya hemos dicho que se marcharon por la izquierda.

PROBLEMA DE LAS MONEDAS



Llamemos a la moneda de 5 pesetas D; a la de 2 pesetas, P; a la de 1 peseta, S, y a la de 50 céntimos, C. Los movimientos son los siguientes: C al 2, S al 3, C al 3, P al 2, C al 1, S al 2, C al 2, D al 3, C al 3, S al 1, C al 1, P al 3, C al 2, S al 3 y C al 3.

LABERINTO



SECCIÓN PIRULA

CHARLAS DE PIRULA



Carmina y los cangrejos. — Tuvo gracia la contestación que le dió aquel niño ignorante a su profesor, que le preguntaba lo que es un cangrejo. Dijo así:

—El cangrejo es un pez rojo que anda hacia atrás.

—Está usted perfectamente enterado de lo que es un cangrejo —repuso el profesor muy serio—, salvo en tres cosas: el cangrejo ni es pez, ni es rojo, ni anda hacia atrás.

¡Pues ya se ve lo enterado que estaba el tal alumno!

No hay cuidado de que mi amiguita Carmina cometa semejante pifia zoológica; ella, lo mismo que cualquiera otra de vosotras, sabe muy bien que el cangrejo no es un pez, sino un crustáceo, como la langosta, la quisquilla o el percebe; es verdoso y solamente se vuelve rojo después de cocido, y, en fin, no anda hacia atrás, sino de lado, a pesar de que se suele decir: «Ir hacia atrás como los cangrejos», y de allí alguien que retrocede en lugar de adelantar: «Va como el cangrejo».

¿Por qué se le colgará tan injusta fama al pobre animalito? ¿No lo sabéis? Pues... yo tampoco.

Decía que Carmina está enterada de lo que es el cangrejo; pero esto no es solamente por lo bien estudiada que tiene la historia natural, sino, además, porque suele veranear en una playa y allí su juego predilecto es, precisamente, la pesca de cangrejos.

También tiene otras diversiones; por ejemplo, el baño de mar; y se divierte con él doblemente desde que se ha puesto de moda en la playa donde pasa los veranos el montar en el agua sobre enormes animales de goma: caballos, rinocerontes, ballenas, etcétera.

Hay que ver a Carmina, amazona marítima, erguida sobre su montura de caucho, hasta que de pronto una ola le hace perder el equilibrio y, ¡pluff!, un chapuzón; afortunadamente, sabe nadar.

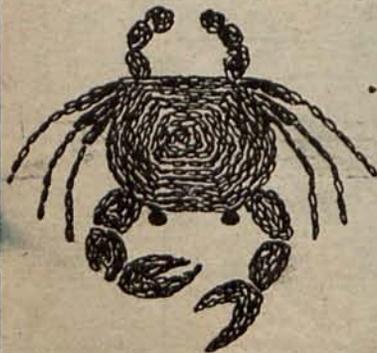
Además del baño, Carmina se divierte haciendo trabajos con la arena; tiene unos moldes de aluminio, de diversas formas, y fabrica pastelillos de arena mojada, suculentos... en apariencia.

—Qué perogrulladas dice Pirula —exclamaréis—.

¡Claro que no son suculentos más que en apariencia los tales pasteles de arenal! ¡Cualquiera se los come!

Tenéis razón, y, sin embargo, existe en la Polinesia una tribu cuya golosina favorita son unas figuritas de tierra, cocidas de cierta manera especial. Cierito que se trata también de una tierra especial, menos indigesta que la nuestra; pero, de todos modos, puesta a elegir entre aquellas figuritas y las de mazapán, yo no vacilaría...

Dejamos a Carmina fabricando sus pasteles de arena (de arena y... de adorno); ahora, se entretiene con magníficos trabajos de arquitectura o ingeniería: pozos, casas, torres, castillos. Lo más admirable son los castillos medievales con torres almenadas, desde cuyo interior Carmina resiste victoriosamente el ataque de sus dos hermanos mayores, de sus amigas Conchita y Malen, y del regordete Totó, hasta que los asaltantes apelan al arma más terrible que cabe contra este género de fortificaciones: unos cubos llenos de agua.



Pues bien; todas estas diversiones las cambia gustosa Carmina por la de la pesca.

No pesca con caña; desde que un día, al cabo de hora y media de espera, de silencio y de inmovilidad, sacó una lata de sardinas vacía, le ha tomado asco. Se dedica a la pesca de quisquillas y cangrejos.

Las quisquillas las pesca con una red que está sujeta a un extremo de una caña, en los charcos que el mar, al retirarse la marea, deja en los huecos de las rocas. Es una presa inofensiva y una pesca relativamente fácil; por tanto, algo deleznable. Carmina prefiere los cangrejos.

Con un palito los hace salir de los intersticios de las rocas; en cuanto aparecen, huyendo con sus movimientos pesadotes y ridículos, los coge delicadamente y, ¡jala, al cesto!

Desde que le han sucedido dos aventuras, una curiosa y la otra dolorosa, Carmina se cuida muy mucho de cogerlos por el caparazón; y toma al hacerlo un sinfín de precauciones. La aventura dolorosa fué que en lugar de coger el cangrejo fué ella cogida por él; en efecto, el cangrejo le agarró un dedo entre sus pinzas con tal fuerza, que le hizo hasta sangre.

La aventura curiosa fué que otro día al coger un cangrejo por una pata, el crustáceo hizo tales esfuerzos que logró desasirse de la siguiente manera: se partió la pata cogida, de raíz y, abandonándola entre las manos de la pescadora, huyó con las otras siete que le quedaban.

Y es que los cangrejos son unos cirujanos sorprendentes; saben partirse las patas sin dolor, y esto, además, no tiene gran importancia para ellos, puesto que al cabo de algún tiempo, al mudarse el caparazón, vuelven a crecer las patas cortadas, lo mismo que a nosotros nos crece el pelo o las uñas.

Y ¿qué hace Carmina con los cangrejos que pesca? ¡Ah! Pues esto es lo más gracioso. Ella los coge porque se divierte con ello y, además, por el triunfo de salir vencedora en todos los campeonatos de pesca que organiza con sus hermanos y amigos.

Pero Carmina es buena; sabe que la manera como se mata a los crustáceos para comerlos es cociéndolos vivos; y ella no puede consentir que se haga sufrir a los animales por culpa suya. Entonces, para evitar a los cangrejos el horrible destino que les espera si los entrega a la cocinera, tan pronto como tiene lleno el cesto —cosa que consigue antes que nadie— se apresura a vaciarlo en el mar.

¿No os parece que debían hacer otro tanto todos los pescadores y entregarse a su deporte sin hacer

sufrir a seres indefensos?

Como veis, por el ejemplo de Carmina, los cangrejos no sirven solamente para comérselos; sirven, sobre todo, para divertirse pescándolos y también... para bordar.

Para bordar, sí; la prueba la tenéis en esta página, donde os presento dos cangrejos que podéis bordar, uno, a punto de cadeneta, y otro, a punto de cruz, y que constituirán un gracioso adorno playero para cualquier delantal o vestido sencillo, como por ejemplo, este trajecito de «tussor», adornado con una trencilla colorada y un estrecho cinturón de charol, rojo también.

El cangrejo, para bordarlo, lo coceremos sin hacerle sufrir; entiéndase que lo bordaremos con algodón encarnado.

